

Hojitas de Fe

Credidimus caritati

44

14. Monseñor Lefebvre

Gozo, sacrificio y esperanza del sacerdote católico

*Sermón de Monseñor Marcel Lefebvre el 30 de junio de 1989,
en la primera Misa solemne del padre José María Mestre Roc*

Ayer asistimos y participamos con gran gozo en la magnífica ceremonia de ordenaciones sacerdotales; y hoy tenemos la enorme satisfacción de asistir a la primera Misa de uno de los ordenados de ayer, el padre Mestre. Es una alegría especial, pues, como ustedes han podido observar, el padre Mestre está asistido por sus dos hermanos. ¡Tres levitas de la misma familia! ¡No es algo frecuente! Y por eso, cuando el querido padre Mestre me pidió si aceptaría asistir en su primera Misa y pronunciar algunas palabras, no pude negarme a compartir la alegría de sus padres, de él mismo y de sus hermanos, y de todos los que lo han acompañado, venidos de Barcelona y de Madrid. Con verdadera acción de gracias, pues, estamos aquí y compartimos el gozo del reverendo padre Mestre con motivo de la celebración de su primera Misa solemne.

Estimado padre, hoy celebra usted su primera Misa solemne. ¡Es una fecha importante en su vida! Y tiene, en esta ocasión, la dicha de estar acompañado, al subir al altar, del apreciadísimo padre Muñoz, que acompañó a los peregrinos, y que le muestra el ejemplo de un sacerdote fiel, que guarda la fe católica y no tiene miedo de afirmarla. Ha sido ya un sostén para usted en su vocación y para toda su querida familia; y continuará siéndolo, estoy seguro, cuando ejerza usted su ministerio en Madrid, ya que allí es donde le ha nombrado el Superior de la Hermandad para cumplir su apostolado.

¿Qué le diré en esta ocasión? Ante todo, que eche una mirada al pasado, para dar gracias a Dios y entonarle un himno de acción de gracias.

En efecto, dé gracias a Dios por haberle hecho nacer en una familia profundamente católica; la prueba de ello es la vocación de los hijos. Es una gracia excepcional, muy particularmente en nuestro tiempo. Y dé gracias también a sus padres por haber velado por su educación y formación cristiana ya desde su infancia, y haberle permitido así, ciertamente, tener esta vocación extraordinaria al sacerdocio. Usted puede acordarse ahora, mejor que nadie, de todo lo que en su infancia y adolescencia le ha conducido al altar. ¡Sólo Dios sabe cuántas circunstancias le habrían apartado de él! Tal vez, en el camino hacia su vocación, habría querido usted a veces

abandonarla; mas Dios le protegió, y le dio todas las gracias necesarias para venir a Écône, ese islote de la catolicidad en medio de la tempestad que hoy hace estragos en la Iglesia. Y estoy seguro de que usted encontró allí conformidad con sus deseos y pensamientos, con su voluntad de permanecer católico y de llegar a ser un sacerdote católico. Eso es usted hoy, como muy bien lo dijo bien ayer su Excelencia Monseñor Tissier de Mallerais, al expresar la intención con que los ordenaba: para ser sacerdotes de la Iglesia católica y romana. Usted llegó ya, pues, al sacerdocio. Algunas pruebas tuvo, algunas dificultades, a lo largo de toda esta formación; pero ahora se siente dichoso de recoger el fruto de todos esos esfuerzos.

Sin embargo, si el sacerdocio que recibió es un término, es también un comienzo: el comienzo de una vida sacerdotal y apostólica. Por eso me gustaría en esta ocasión expresar brevemente los sentimientos que se encierran en las palabras que acaba de pronunciar al pie del altar, en el salmo *Judica me*. Tres sentimientos principales expresa este magnífico salmo, que la Iglesia escogió para que el sacerdote lo diga cuando sube al altar.

1º El gozo.

El primer sentimiento es el acento de gozo: «*Introibo ad altare Dei, ad Deum qui lætificat iuventutem meam*»: Entraré, subiré al altar de Dios, a este altar que alegra mi juventud, y que será toda mi alegría. El primer sentimiento que la Iglesia pone en los labios del sacerdote cuando sube al altar, es el gozo; y ¡qué verdad es! ¿Puede haber en la vida del sacerdote un acto que sea más hermoso, santo y consolador que el Santo Sacrificio de la Misa, que subir al altar? **¿Qué constituye el gozo del sacerdote? Lo que constituye su gozo, es su intimidad con Nuestro Señor Jesucristo.**

El sacerdote, por su ordenación, y precisamente por el Santo Sacrificio de la Misa que ofrece, y por el poder que tiene sobre el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, entra en cierto modo en ese templo santo que es el altar; entra incluso más adelante, en la misma alma sacerdotal de Nuestro Señor Jesucristo; y más adelante aún, en el seno de la Santísima Trinidad; pues Jesús no está solo, sino que está siempre con el Padre y el Espíritu Santo. Así pues, cada vez que el sacerdote sube al altar, tiene un gusto anticipado del cielo, de la vida eterna. ¡Sí, Nuestro Señor regocija realmente nuestra juventud, y nos conserva este gozo que nos hace siempre jóvenes!

Este gozo es esencialmente el de estar unido a Nuestro Señor en el servicio del altar; y se encuentra también en todo el apostolado que usted cumplirá ante los fieles. Este gozo es, en particular, el de **bajar del altar, para ir hacia los fieles presentes y darles la Sagrada Eucaristía**, que no es otra cosa que Jesús mismo, la misma Trinidad Santísima; dar Dios mismo a los fieles, a las almas que tienen sed de Dios, sed de la felicidad celestial, sed de elevarse hacia Dios en medio de esta vida que conlleva tantas dificultades, pruebas y dolores... ¡Qué consuelo será para ellos poder inundar su cuerpo y su alma de serenidad! Y es usted quien les comunicará ese don increíble, ese don inefable. Y ello será para usted motivo

de gozo, como le sucederá hoy, si no me equivoco, con su hermanita, que va a hacer hoy su primera comunión. Usted le dará por vez primera a Jesús. Sí, este será para usted uno de los mayores gozos al dar la Sagrada Comunión.

Por lo tanto, su ministerio no carecerá de alegrías y éxitos, a condición, sin embargo, de que permanezca siempre profundamente unido a Nuestro Señor, buscándolo sólo a El y su gloria, y no las amistades terrenas y humanas. Si debe amar a los fieles, a aquellos a los que es enviado, debe amarlos sólo para Dios y en unión con Dios. Sólo así será verdaderamente santo, y cumplirá realmente su apostolado sacerdotal.

2º El sacrificio.

El sacerdote pide luego a Dios: «*Judica me, Deus, et discerne causam meam ab homine iniquo et doloso*»: ¡Oh, Dios mío!, separadme de todo el mal que hay en el mundo, de todos los que no os aman, de todos los que se oponen a Vos; no comparta yo sus ideas, ni sus pensamientos, ni sus obras. El mundo está lleno de personas que se oponen a vuestra santa voluntad; no permitáis que yo comparta esa mala voluntad. ¡Oh sí, que yo pueda convertirlos y conducirlos a Vos; pero que jamás comparta yo su corazón ni su pensamiento! Separadme del hombre inicuo, del hombre malo.

Este salmo, pues, le anuncia las persecuciones de que será objeto. Y usted clamará a Dios: ¿Por qué, Señor, dejáis que me persigan los que no os aman? Y entonces Nuestro Señor le contestará: ¡Para tu santificación!

Nos encontramos en un mundo perverso, que no quiere conocer a Nuestro Señor Jesucristo. Ciento es que debemos hacer todo cuanto podamos para convertirlo; pero, desgraciadamente, sabemos que seremos perseguidos, como lo fue también Nuestro Señor Jesucristo. ¿Acaso somos más que el Maestro? Si Nuestro Señor no convirtió a todo el mundo que se encontraba alrededor suyo, sino que, al contrario, sufrió la muerte de parte de sus propios conciudadanos, ¿no somos también nosotros dignos de recibir persecuciones, golpes, afrentas y toda clase de humillaciones, por amor a Dios, para conservar el amor de Dios, para defender la dignidad de Nuestro Señor Jesucristo? Nuestro Señor nos lo anunció: «Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros; si el mundo me odia, también os odiará a vosotros». Así, pues, ya lo sabemos: seremos perseguidos constantemente durante toda nuestra vida, porque subimos al altar.

No temamos estas persecuciones, y no creamos que nos están particularmente reservadas, pues son propias de todo cristiano. Por el mismo hecho de ser cristianos, aceptamos la cruz, subimos al altar del Calvario, al altar de la Cruz. Y ¿qué nos predicaba Nuestro Señor desde la Cruz? «Ved cómo me han perseguido, mirad qué han hecho de Mí. Yo muero para amarlos, para redimirlos de sus pecados, y ellos han traspasado mis manos con clavos, han puesto sobre mi cabeza una corona de espinas, han clavado mis pies, han traspasado mi corazón con una lanza; ved qué han hecho de Mí los pecadores». Y así, ¿cómo podríamos nosotros, que subimos al altar del Señor, al altar del Calvario, querer evitar todo sufrimiento, todo daño, toda tribulación, toda cruz? ¡No! Nuestro Señor nos lo ha dicho: «Si queréis ser mis discípulos, tomad vuestra cruz, y llevadla en pos de Mí». El cristiano debe, pues, despren-

derse del mundo a ejemplo de Nuestro Señor, para unirse enteramente a Dios y a su voluntad santísima: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo».

Esto es lo que debe repetir siempre un cristiano; debe saber que, al pronunciar estas palabras, pronuncia al mismo tiempo **la aceptación de todas las cruces**, que van unidas a la aceptación de la voluntad de Dios. No podemos cumplir la voluntad de Dios sin soportar las cruces, porque todo nos lleva a desobedecer a Dios. Si realmente queremos obedecer a Dios y serle fieles, debemos desprendernos y sacrificarnos. Estas son las lecciones que nos da este salmo que rezamos.

3º La esperanza.

Finalmente, el tercer sentimiento es el de esperanza; y este es el sentimiento que debe prevalecer: el gozo, el sacrificio, el dolor, el combate, sí, pero por encima de todo la esperanza. Y ¿por qué la esperanza? Porque Nuestro Señor nos prometió que, después de la Cruz, vendría también la Resurrección, la Transfiguración, la felicidad eterna con Nuestro Señor en el cielo. Hoy celebramos la Conmemoración de San Pablo; y la imagen de San Pablo nos muestra bien esta esperanza: *«Fidem servavi: He guardado la fe* –dice San Pablo–, *y espero recibir la corona»*, esto es, la recompensa de los mártires, la recompensa de los que han combatido el buen combate.

Conclusión.

Eso es lo que todos nosotros deseamos para usted, estimado padre: que su vida sacerdotal se asemeje a la de Nuestro Señor, a la de San Pablo: • que sea *profundamente dichosa*; • que a la vez esté *llena de valor en el combate* por la verdad, en el combate por hacer reinar la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo en las almas; • y que usted conserve siempre en el corazón *la esperanza*, la recompensa que Dios da a sus buenos servidores.

Y como ayer Monseñor Tissier de Mallerais tuvo la feliz idea de hacer toda su predicación sobre el sacerdote mariano, sobre la dependencia del sacerdocio respecto de la Santísima Virgen María, yo también concluiré del mismo modo, confiándolo de ahora en adelante a la Virgen María.

Que Ella sea realmente su Madre; que lo tome por la mano, lo conserve y lo proteja; que suba con usted al altar, y le haga comprender la grandeza, sublimidad y belleza del ministerio que cumplirá en el altar; Ella, que fue testigo en el Calvario, y compadeció profundamente todos los dolores de Nuestro Señor; Ella, que se hallaba también en Pentecostés, y asistió por ello a su ordenación sacerdotal. Por Ella recibió usted la gracia de la ordenación, y por Ella distribuirá todas las gracias de su ministerio. Que María sea, pues, su Madre.